



Funeral Julián López Santolino

Queridos hermanos:

Estamos celebrando el paso de nuestro hermano Julián, sacerdote, a la casa del Padre. Y lo hacemos, como D. Julián ha querido, con sentimientos de fiesta, con gozosa esperanza. Nos alienta a ello la Palabra de Dios escuchada.

El Hijo, que ha sido fiel a la voluntad del Padre hasta la muerte por amor, nos asegura que va a cumplir la voluntad del Padre respecto de aquellos que el Padre le ha dado para ser sus amigos íntimos en el conocimiento de los secretos del Padre; a los que ha elegido, llamado y consagrado como sacerdotes para siempre, haciéndolos partícipes de su mismo sacerdocio y misión.

“Esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día”. Podemos glosar estas palabras del Evangelio de hoy y referirlas a nuestro hermano sacerdote difunto, con las siguientes frases de Jesús en su oración por los sacerdotes, en el capítulo 17 del Evangelio de Juan: “Padre... Yo te he dado a conocer a aquellos que tú me diste de entre el mundo. Eran tuyos y tú me los diste, y ellos han aceptado tu palabra... Yo les he enseñado lo que aprendí de ti, y ellos han aceptado mi enseñanza... Yo te ruego por ellos... por los que tú me has dado, porque te pertenecen... Haz que sean completamente tuyos. Por ellos yo me ofrezco enteramente a ti, para que también ellos se ofrezcan enteramente a ti... Lo mismo que tú estás en mí y yo en ti, que también ellos estén unidos a nosotros... yo les he dado a ellos la gloria que tú me diste a mí, de tal manera que puedan ser uno, como lo somos nosotros. Yo en ellos y tú en mí, para que lleguen a la unión perfecta... Padre, yo deseo que todos estos que tú me has dado puedan estar conmigo donde esté yo, para que contemplen la gloria que me has dado, porque tú me amaste antes de la creación del mundo. Padre justo,... todos estos ha llegado a reconocer que tú me has enviado. Les has dado a conocer quién eres... para que el amor con que me amaste pueda estar también con ellos, y yo mismo esté en ellos” (Jn 17, 1-26).

La oración de Jesús fundamenta nuestra esperanza de que nuestro hermano Julián, sacerdote, va a ser admitido a la fiesta del banquete eterno, del pan de la vida eterna, que él sirvió sacramentalmente a los fieles en su nombre. Por ello, hoy, en su tránsito a la morada del Padre, en la que el Hijo nos ha preparado un lugar, celebramos y gozamos con su salvación prometida y ardientemente esperada.

Nuestra esperanza es cierta y firme, porque se basa en el amor que Dios ha derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado. Si Cristo ha muerto por nosotros cuando éramos pecadores, con cuánta más razón, una vez justificados y reconciliados por su sangre, seremos libres del castigo y salvos para



Carlos López Hernández

siempre por su vida. Tanto amó Dios al mundo, que entregó a Hijo único. Todo el que cree en él tiene vida eterna.

Con esta esperanza gozosa ha afrontado D. Julián la consumación de su vida en Dios. Con plena conciencia de su cercana muerte, ha ordenado todos sus asuntos temporales, ha sanado todas las relaciones fraternales y ha anhelado el encuentro con el Padre de la mano de su muy querido Niño Jesús. Ha tenido una muerte llena de paz, que ha sido una nueva manifestación del amor del Padre, que vence el temor ante la muerte.

Permitidme ahora que refiera brevemente algunos testimonios que D. Julián ha dejado escritos en los últimos meses sobre el significado de su vida sacerdotal, así como una última oración de confianza en el Padre.

Estas son sus palabras: “Haber vivido con enfermos y para ellos, como Capellán-Sacerdote en un Hospital, ME HA MARCADO, y de qué manera. Es difícil explicarlo, y mas difícil entenderlo.

Me ha marcado en mi vida: en mi pensar, sentir y actuar. Ver con ojos de Sacerdote, oír con oídos de Sacerdote.

La marca es marca de hierro, con fuego de brezo, en fragua... que te hace tener presente, en los momentos buenos o malos: ¡Eres Sacerdote para siempre!. Sacerdote “in aeternum”. Fuiste libre .Y lo escogiste.

No olvides que eres persona y sacerdote. Es un don sagrado el uno y lo otro, que gratis se te ha dado. Tu obligación es amarlos, respetarlos y conservarlos. Y no puedo ser, por un lado, el mejor sacerdote, sin ser la mejor persona. Son líneas incluyentes, y nunca excluyentes. Como Persona y Sacerdote soy consecuente y proclamo ¡QUE SEA LO QUE DIOS QUIERA!

Hace cincuenta y tres años, el Niño Dios, me prestó sus manos. Me pregunta, ¿Te han valido para algo, Julián?. Son cincuenta y tres años del Árbol sacerdote. Hondas raíces, tronco fuerte, duro, machacado por los años, por el tiempo, por el agua, por los vientos. Árbol, cincuenta y tres ramas, con hojas, con fruto. Poco a poco, las ramas son más pequeñas, caen más rápidas las hojas y con ellas los días. El árbol, ha dado sus hojas, sus frutos y está preparado para la tala final.

No sé que hojas tengo, qué frutos. El árbol no se ve, el no se mira, el no come su fruta. Es el otro, el caminante, el que toma su sombra, ve sus hojas y come sus frutos. ¡Te he prestado mis manos! Dice el Niño Jesús. Gracias.

Estas manos consagradas han valido para distribuir la comunión en un pan pequeñito a 589.000 enfermos encamados. Derramaron el agua y ungieron en el bautismo a 5.649 niños recién nacidos. Ungieron con el óleo sagrado en la carrera final a 5.900 ancianos, preparándolos para llegar a la meta. Me las has prestado para perdonar sus pecados en tu



nombre, a tantos y tantos... Estas manos, Señor, se han juntado con cientos y miles de manos, para rezarte y pedirte tu ayuda, en momentos difíciles, poniendo los ojos en la fe, esperanza y caridad. Mis manos, mi cuerpo, mi vida. Han cantado, han bailado el baile de la vida, han acompañado el baile de la muerte, caminando hacia el cielo, pisando fuertemente en la tierra. He dejado el laurel en sus manos, animándoles hasta llegar a la meta, donde un Niño Mayor nos espera.

Sé que al atardecer de mi vida puede haber tormentas ¿Por qué no? Van pasando y aparece sin saber un arco iris, lleno de colores ... de sentidos ... de por qué. ¿Por qué el color de las personas, que me ayudan, me animan? El color blanco de la amistad ... el azul del cielo que me espera... el verde de unas flores sembradas... ¿Por qué? Flores que yo no las puse, pero sé que adornarán mi descanso final.

Y el caminar, por caminos de laurel, me hace más fácil llegar a la meta. ¡Sí!... Llegando, con dolores. . . con risas, a veces con llanto, en silencio, despacio, ...con la cabeza alta y las manos muy limpias, sonriendo, llegando al dormitorio, hace tiempo preparado con respeto y sin miedo. Todos, todos, tenemos un principio y un fin... un Alfa y un Omega.

Mirando al sol ... a las nubes ... al cielo... Canto fuerte... ALEGRE LA MAÑANA QUE ME HABLA DE Ti. Alegre la mañana que me habla de ti. En silencio, canto a la vida... canto a la muerte Será la canción de una vida vivida... en plenitud ... y el madurar de los años Espero, confío... y pido. ¡Ayúdame ... !Que sean vuestras manos ... las manos de Dios! ... Las que me acojan... En un fuerte abrazo de Padre, Sacerdote, Hermano y Amigo. Gracias, Dios... gracias, muerte ... gracias vida.”

(Persona Sacerdote. Salamanca, 18 de Septiembre 2009; Bodas de oro. 28 de mayo de 2010).

El día 30 de septiembre escribía D. Julián esta ORACIÓN EN VOZ ALTA:

“Sería egoísta, acudir a Ti en estos momentos, cuando he tenido tiempo para hacerlo. Mentiría, Señor, que ahora que soy viejo, mayor, enfermo te dijera... "Te quiero, te busco y te amo." A estas alturas. Te diré...

¡He intentado, cada día, cada etapa, acercarme, acurrucarme y parecerme más a Ti, en palabras, dichos y hechos. No de palabra, sino en realidades patentes. Cada vez que Te leo y Te veo en los Evangelios, coloco tu voz en mis labios.

No sólo en lo que decías, sino el modo, el cuándo y el por qué... Las palabras oportunas, en su sitio, tu mirada también, tus manos, tus gestos, servían de camino, verdad y de vida.

He intentado, con todo mi cuerpo y mi alma, verte e imitarte, en la sinceridad de tus pasos, firmes y recios. He buscado y la he encontrado, la verdad, pues sabes, que si algo desprecio, es la adulación y la mentira. Siempre y ahora más que nunca, valoro y



pondero, tus palabras... "Yo soy, el camino, la verdad y la vida." Me he convencido, que sin verdad, no se conoce, se duda, sin camino no se anda y sin vida no se vive. Más de una vez, he querido subir a la montaña, para verte y preguntarte... ¡Yo, que he hecho! Me admiro o me pregunto: ¿He seguido el evangelio?

Oigo desde arriba, en el silencio. ¡Tengo hambre! ¿Has multiplicado los panes, los peces, que has disfrutado y a veces derrochado en tu vida? ¿Has dado de comer al hambriento? ¿Has dado posada al peregrino? ¿Has vestido al desnudo?... ¡Oh mi Jesús! No sigas preguntando. Si en algo he faltado, no he cumplido, Te pido, desde lo más íntimo de mi ser, el perdón, el perdón, que será agradecido y a poder ser multiplicado, en mis hermanos, los hombres.

He intentado no esconder la lámpara, mantener la luz y el calor. He cuidado la mecha, he cuidado la cera... Sí, en tantas cosas, y es posible, no he llegado, he fallado, no lo he hecho; por todo ello, te pido, nuevamente perdón. He intentado, que mi luz sea portadora de la Tuya, como en una Olimpiada. He intentado, no esconder la lámpara, para dar luz y no ocultarla, poniéndola debajo del celemín.

Mi luz, creo, ha sido luz de iluminar los caminos, veredas, muchas veces desconocidos. Con mi luz he intentado ahuyentar el frío, que sufren los niños, jóvenes, mayores y ancianos.

Fuiste solo, sin miedo, tu vista puesta en el Padre, que sabes no te deja, no te olvida. ¿Te pido que me salves, ahora? ¡He intentado aprender, practicar el nadar, por el mar de la vida. Más de una vez, el intento se ha ralentizado, casi se ha apagado, se ha parado, quedando, en el aire, en forma de duda. Pero, una vez más, gracias. Tú me has animado en la fe, me fortaleces en la esperanza, y me has dado fuerza, en ejercer la caridad y extender el amor.

Sigo tu camino. ¿Me he perdido? Yo creo que no. Pero con toda la sinceridad que puedo, Te digo: Me cuesta subir a la meta, llegar a la cima, ahora, ahora... en medio de tanto dolor. Dolor físico y a veces psíquico. Mira, Dios ¿Me permites una pregunta?

He deseado, pero ¿he cumplido bien mi oficio, como persona, hombre, Sacerdote? ¿He cumplido? Oigo una voz... ¡Al menos, lo has intentado, no ahora, sino desde que te conozco! Sé, y comprendo, tus dificultades, como hombre, persona y ¡cómo no! las más fuertes y exigentes, el haber ejercido el Sacerdocio, en medio de un Silencio que abruma, que duele, que se siente, y por qué no, sé y Tú perdonas. Gracias, Padre Dios... aquí está uno de tus hijos, que besa tu mano y te pide perdón.

Todo esto que me dices, es verdad; cuando yo tuve también que decir y preguntar el porqué de aquel abandono. Sube, sube; en la cima ya no hay dolor, sólo vida, sólo hay cielo... Gracias por todo ¡Señor!"

Salamanca, 17 de enero de 2011